

Vallejo o la proximidad

José Ángel Valente

Oscura a veces la palabra, preñada de su secreta claridad, oscuro el tiempo, rota su impersuasiva progresión lineal: Vallejo remite así más de una vez a Quevedo, en quien pronto Borges iba a ver menos un hombre que una dilatada y completa literatura.

Es en esa perspectiva dilatada de la tradición nuestra, de una tradición común, y en su línea axial, donde Vallejo se sitúa. Fenómeno, su poesía, que se produce en el horizonte total de la lengua, sin menoscabo de que llegue hasta él arrastrando, vivientes, las más peculiares formas de su nativo decir (así se dice en el Perú, me excuso).

Fenómeno, pues, el de la escritura poética de Vallejo, no prescindible. Hay en toda tradición escritores vehiculares, portadores más o menos afortunados de las formas o de la sensibilidad o de la sentimentalidad de un tiempo o de una época. Escritores que se constituyen o nacen, diríamos, como escritores de época. Expresan una época y, en cierto modo, quedan aprisionados en ella. De tales escrituras vehiculares se compone sobre todo la trama de esa narración, con frecuencia convencional y en ocasiones dudosa, que llamamos historia literaria.

A la discontinuación de esa historia, a las ruinas de esa narración, a la lenta hecatombe de sus argumentos y de sus escuelas y, en definitiva, al olvido, sobreviven ciertas obras particularmente libres o descondicionadas, que suspenden la mecánica secuencia en que las modas y las épocas se alternan o se oponen y en las que la lengua también se sobrevive a sí misma y genera nuevas y duraderas formas de imaginar o de sentir o, en definitiva, de ser.

Tal es el libérrimo espacio en que la obra de Vallejo se produce, el espacio desde donde nos sigue llegando descondicionada y abierta, más allá del implacable desgaste de tantas escrituras que le fueron contemporáneas y del derrumbe cierto de las ideologías y de las épocas. Obra que, por su misma naturaleza, se resiste a la fijación y a la lectura o al comentario clausurante y que (¿azar o destino?) nos llega incluso no fijada en su materialidad textual.

También a ese propósito remite Vallejo, cuya obra poética es en más de su mitad de transmisión póstuma y arduamente debatida, a Quevedo. Poemas, en efecto, cuyo texto acaso no haya sido ni sea nunca definitivamente establecido, libros cuya titulación responde sólo a la variable fortuna de la intuición o de la hipótesis, orden inestable o provisional en la secuencia de los poemas mismos.

Y esa obra que recibimos así, paradójicamente acompañada de los problemas que suelen caracterizar la transmisión textual de un clásico lejano, está marcada por la inmediatez con que se impone y por su radical proximidad. Diríamos que respecto de pocas o de ninguna de las obras recibidas de nuestra cercana tradición poética es o nos resulta mayor o más intenso el sentimiento de proximidad. Porque también diríamos que la obra entera de Vallejo se sustancia –y ésa sería, a nuestro entender, clave mayor de su lectura– en el sentimiento o la noción misma de la proximidad, de lo próximo o de lo prójimo.

Revelación o aparición del prójimo en su inminencia o proximidad, espacio de la esencial constitución del otro, desde la misma visión del propio rostro y desde la enunciación del propio nombre:

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta.

Y aún:

César Vallejo ha muerto, le pegaban
[...]

Como en muy precisas formas de la sensibilidad o del pensamiento éticos más contemporáneos, el yo se trasciende en la poesía de Vallejo por la infinita intercalación del otro:

Que entre él y otro hombre semejante a él se interponga una muchedumbre de hombres como él.

La revelación del otro abre la vía a la trascendencia del yo y sería, en cierto modo, señal o forma de su supervivencia o de su resurrección.

He ahí una posible clave de lectura de un poema que no encuentra igual entre los muchos poemas de época escritos en el contexto de la Guerra Civil española, el titulado «Masa» de España, aparta de mí este cáliz.

Ese hombre, el semejante, el otro, el próximo o el prójimo, irrumpe en la poesía de Vallejo en su singularidad, en su particularidad, haciendo reventar, con la súbita, lacerante aparición de lo infinitamente pequeño (acuden con vivacidad al pensamiento las micrologías de Benjamín), el vientre hidrópico de las ideologías y el edificio aplastante de la macrohistoria.

En el derrumbadero de la Historia, la ruptura de la gran narración, general o genérica, se produce por irrupción súbita de la irreductible particularidad de lo humano, de su indeclinable goce, de su indeclinable dolor, de su indeclinable vida, de su indeclinable muerte;

En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte.

Contra el absoluto rigor de la narración totalizante, el hilo universal del discurso queda roto por la voz que nombra lo particular, que nombra, en verdad, lo anónimo, lo que la Historia habría sepultado en la innominación: Pedro Rojas, Ernesto Zúñiga, Ramón Collar; o la interminable sucesión de los pequeños seres que alimentan la infinidad de la memoria: Murió doña Antonia, la ronca [...] Murió el cura Santiago [...] Murió aquella joven rubia Carlota [...] Murió un viejo tuerto, su nombre no recuerdo [...] Murió mi eternidad y estoy velándola.

Es esa irrenunciable singularidad de la vida, de lo viviente o lo muriente, lo que la poesía de Vallejo rescata en su absoluta diferencia, en su humilde y difícil libertad:

¡Y si después de tanta historia sucumbimos,
no ya de eternidad,
sino de esas cosas sencillas, como estar
en la casa o ponerse a cavilar!

Frente a la macrohistoria, pues, la microvida y, desde ésta la denuncia de la falsedad de todos los lenguajes en la explosión de dolor o de abandono del prójimo o del próximo o del otro o del hombre en su inmediata aparición:

Un hombre pasa con un pan al hombro.
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mávalo.
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?
[...]

Alguien va en un entierro sollozando
¿Cómo luego ingresar en la Academia?
[...]
Alguien pasa contando con sus dedos.
¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito?

La brusca aparición de lo mínimo humano y de sus símbolos (la cuchara, el zapato, el pantalón, el pan, la errónea ortografía popular, el personal peinado insigne, la semana del hombre con sus días) denuncia la ocultación operada por los grandes lenguajes conceptualizantes, por los decires de la totalidad.

Frente a ellos, el hombre se quiebra o se fragmenta; es, en rigor, fragmento, no totalidad: La cólera que quiebra al hombre en niños,/ que quiebra al niño en pájaros iguales [...]. Las palabras adquieren, por su parte, una intensa violencia irruptora o disruptora del orden, tanto en lo sintáctico como en lo morfológico o en lo ortográfico. El poema mismo hace así saltar el cosmos o el orden cerrado de la sobreconceptualización y lo rehace en caos.

Tal es la perspectiva en la que esa poesía sigue siendo portadora de una poderosa, radical negación. Alguien, en efecto, ha roto en ella el hilo del discurso, herido el adjetivo voluntario, liberado un pájaro en el aire, hecho caer las torres del más fuerte:

Absurdo, sólo tú eres puro.

Y ese alguien o esa voz persisten, sobreviven, siguen llegando hasta nosotros inalterablemente reencontrados en su esencial proximidad.